

Dionicio Morales\*

**H**éctor García es uno de los fotógrafos mexicanos más conocidos y reconocidos en el medio artístico de nuestro país —también allende las fronteras— y en la prensa nacional, en la que ha colaborado desde hace ya sesenta años. Ha recibido tres veces, de manos de igual número de presidentes de la República, el Premio Nacional de Periodismo por su trabajo fotográfico; fue premiado por el mejor film etnográfico en el Festival Popoli de Florencia, Italia, en 1972, y ha sido becario de la UNESCO para estudiar en París.

Ha sido un "pata de perro" —como le decía su madre—, un callejero, un andariego. Internarse en su casa de la segunda colonia del Periodista, en la ciudad de México, es asombrarse ante un recinto atiborrado de cuadros y fotografías, donde de pronto se puede escuchar en un rincón el clic, clic, clic

de una cámara o descubrir un mar de sombras o un río de luz. Para él, la fotografía es escribir con luz, cuyas palabras nos remiten a un libro suyo escrito por su maestro y hermano del alma, el escritor Juan de la Cabada. Vagabundo incansable por vocación y destino, ha recorrido América, Asia, Europa y África, apresando con su ojo mágico e implacable sueños tiernos y puros, así como realidades aplastantes.

"Creo que descubrí mi vocación desde el vientre de mi vecindad, en el cuarto cuadrado que habitábamos mi madre Amparo y mi hermano Arturo, cinco años menor que yo, donde mi madre me dejaba atado a la pata de la cama para que no me saliera a vagabundear. Por las rendijas de la accesoría se colaba la luz de la mañana que proyectaba sobre la pared las imágenes de todo lo que sucediera afuera, y todo lo que pasaba por el frente de la puerta

era, acompañado de mi fantasía, un maravilloso espectáculo", dice.

Dentro del fotoperiodismo mexicano que ha trascendido su época y la consecuente y original función de por sí ya arriesgada, comprometida, de informar, Héctor García, el hijo de La Candelaria de los Patos que nació en los meros años de reconstrucción del México nuevo (1923), el que escogió como profesión y arma en su mágico deslumbramiento la *camera oscura*, el hacedor iconoclasta y profundo del México sin retoque, el que primero dispara y después virigua, el poeta a salto de mata que escribe sus memorias con luz, el andariego que nos hace visible el mundo en las vicisitudes y alegrías de los hombres y mujeres que lo pueblan, el testigo ocular y respetuoso —irrespetuoso a veces— saqueador de imágenes en ceremonias sagradas, el artillero que apresa calamidades y abyecciones en manifestaciones y movimientos sociales que mantienen viva la llama de la libertad y la justicia, se ha convertido a lo largo del ejercicio de su profesión de reportero gráfico en guía y maestro, como lo corroboran sus imborrables incursiones en *Excélsior*, *Time*,

*Life*, *Mañana*, *Cuceiros*, *La Jornada*, *Vogue*, *Siempre!*

En el más de millón y medio de negativos que posee Héctor García, hablando en números conservadores, en el archivo fotográfico de su casa —al parecer la mayoría de ellos ya clasificados—, está parte de la historia moderna de México escrita con luz desde los inicios de la segunda mitad del siglo xx hasta nuestros días. Como todo gran artista, superada ya la falsa modestia del reportero gráfico —sin que de ninguna manera tenga una connotación peyorativa— el hijo de La Candelaria de los Patos ha llegado a imprimir, a lo largo de todos estos años, fotografías individuales y series que, la mayoría de las veces quizá sin proponérselo, se han convertido en clásicas, y muchas de ellas le han dado la vuelta al mundo.

Discípulo de Manuel Álvarez Bravo y de Gabriel Figueroa, fotógrafo de los muralistas mexicanos Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros, ilustrador de lujo de libros de Salvador Novo, Fernando Benítez, Carlos Monsiváis, y de artículos, reportajes y entrevistas de José Revueltas, José

Emilio Pacheco y Elena Poniatowska, testigo de las luchas sociales en México más trascendentes de los últimos tiempos: el movimiento vallejista, el de los maestros, el movimiento del 68, entre otros, también se ha internado en los países del medio oriente y en China para traernos la visión de los acontecimientos actuales, en su recorrido como reportero gráfico.

Lector atento desde pequeño —en lugar de juguetes los Reyes Magos le traían libros—, Héctor García descubrió, gracias a su maestro el cuentista

Edmundo Valadés, al escritor francés Marcel Proust, cuya obra lo marcó para siempre. En uno de sus viajes por Europa se adentró más allá de París y llegó a Illiers, a la casa que habitó Proust. Para nuestro fotógrafo fue un deslumbramiento que lo dejó mudo pero no ciego, y con toda la tranquilidad del mundo, bajo la influencia de la memoria con luz vertida sobre el tiempo, se fue por el camino de Swann al rescate de algo del espíritu —las fotografías dialogan con él— del admirado Proust.



---

\* Poeta y ensayista, ejerce la crítica de arte.